

—¡Calla, pues es verdad!—exclamó la señora Antonia, interrumpiendo á su marido.—Vamos, ¡si esta chica sabe más que un *doctor*! ¡Y yo que no discurría cómo hacer para ayudar á esas pobrecitas!... ¡Porque, en fin, como son así, tan calladas, tan tristes, y con ese aire!...

—Señora Antonia, tengo mucha prisa—observó tímidamente la jorobada;—si usted quiere subiremos al instante, porque las señoritas no tienen aceite para la luz hasta que yo vaya.

—¿Le llevas ahí, hija?

—Sí, señora.

—Pues abulta muy poco.

—No llevo más que una panilla (*); me quedaron sólo seis cuartos y las señoritas se van á entristecer mucho, porque después de hacer el arroz para cenar, ya ve usted cuán poco queda para el velón.

—Mejor, así coserán menos.

—Pero si no acaban lo que están haciendo no tendremos dinero para mañana.

—Antonia, pónle aceite en la cesta—dijo magistralmente el señor Martín á su esposa.

—Aceite no puede ser porque se acabó, pero tengo dos velas y se las daré, aunque son de

(*) Medida que equivale á la cuarta parte de un cuartillo.

sebo, para que se remedien, que más vale algo que nada; vaya, sube, hija, sube.

La señora Antonia empezó á subir lentamente la escalera seguida de Malvina.

El señor Martín cerró la puerta de la calle y siguió también á su esposa, llevando á la espalda el cesto que contenía las herramientas de su oficio y la obra empezada.

X

Caridad.

La señora Antonia empujó la puerta de su buhardilla, que había dejado entornada, y entró en ella con su marido y Malvina.

Si no habéis estado, lectores míos, en una buhardilla de Madrid, no podréis tener una idea exacta de lo que son las buhardillas, pues las de provincias se diferencian mucho de éstas.

Mas en las buhardillas de la corte hay también sus categorías, y la de la calle de San Bernardino, adonde os he conducido, era una de las peores de la coronada villa, es decir, de las peores del mundo.

Figuraos un camaranchón de diez pies cuadrados, y cuyo techo, que empieza ya muy bajo junto á la puerta, va descendiendo progresivamente hasta tocar al suelo por el extremo opues-

to; figuraos también en este extremo una ventanilla, abierta en el mismo suelo y que da á un espacioso tejado, paseo de todos los gatos de la vecindad, mas por lo mismo, muy limpio de ratones y sabandijas.

Este tejado, además, tenía, preciso es confesarlo, un aspecto muy alegre; las lluvias habían tapizado de un tupido musgo sus anchas tejas y habían hecho nacer en las uniones algunas hierbas.

Pero no era nada de esto lo que le prestaba el mayor de sus encantos, sino la habilidad del señor Martín y el cuidado y la paciencia de su esposa.

Todo el espacio que daba frente á la ventanilla de la buhardilla, y formando un cuadro como de tres varas, se veía cubierto con unos cucuruchos ó gorros de estera, primorosa y sólidamente cosidos con bramante.

Aquello era una especie de toscó invernadero: durante las horas de sol, la señora Antonia iba levantando los aparatos de estera é iba apareciendo un verdadero huerto.

En los dos primeros surcos que formaban las tejas había colocado el señor Martín espesas capas de tierra traída de los campos en los paseos que daba con su esposa durante las tardes de los días festivos; allí había plantado maíz, judías, lechugas y lentejas.

Este huertecillo estaba cercado y ensanchado por cuatro cajones de madera comprados en el Rastro (*).

Estos cajones contenían perejil, hierbabuena; geranio de rosa y sándalo, esa hermosa planta cuyo aroma y verdor duran tanto tiempo y son respetados por el rigor de las estaciones.

Había además delante de la ventana cuatro macetas de barro con resedá, mejorana, ajedrea y toronjil, pero tan frondosas y lozanas, que hacían olvidar se estuviese en el mes de Enero.

La ventana se cerraba con su correspondiente puerta de madera y además con una cortina de bayeta encarnada, hecha de la parte mejor de una basquiña vieja de la señora Antonia, y á su lado se veía la cama de los esposos, grande, alta, mullida y cubierta con una coleha de india oscura con fleco blanco.

Aquella hermosa cama, sin embargo, constaba sólo de un tablado con sus bancos de pino pintados de verde; de un colchón y de un jergón, cuya tela de estopa había hilado la señora Antonia de recién casada; este jergón estaba tan relleno de paja fresca, que parecía lucir toda su obesidad inspirado por el benéfico deseo de di-

(*) Sitio donde se venden en Madrid toda clase de ropas, muebles y trastos viejos á los precios más ínfimos.

simular la tisis del colchón que le hacía compañía.

En efecto, éste no podía ser más delgado; pero si hubierais levantado las sábanas de blanco lino perfumadas con espliego, las dos mantas de algodón y la colcha de indiana, os hubierais enamorado de su limpieza y del esmero con que estaba zurcido en mil partes.

Volvió sobre la colcha un gran dobléz de la sábana de encima, guarnecida con una tira de picos de punto de aguja, y coronaban el lecho dos almohadas de tela de algodón blanquísima y orladas de una guarnición como la de la sábana.

Sobre la cabecera del lecho se veía un gran crucifijo de yeso, un marco de nogal que encerraba una estampa de la Virgen de la Almudena y una pilita de barro con agua bendita, y debajo de todo esto una pequeña palma, también bendita, sujeta á dos clavos con dos lacitos de cinta de color de rosa.

Enfrente del lecho había una mesita de pino pintada de oscuro, cubierta con un tapete de la misma indiana de la colcha y guarnecida con los mismos picos.

Sobre la mesa había una urnita de vidrios, unidos con cintas azules, en cuyo fondo se veía á Santa Teresa de Jesús rezando en su celda.

La señora Antonia, que había sido cocinera

de un convento antes de casarse con el señor Martín, y que aun seguía siendo mandadera del mismo, había recibido aquella urna como regalo de las religiosas, y preciso es confesar que estaba trabajada con un primor admirable, advirtiéndose una propiedad sin igual en los detalles.

A los dos lados de la urna había dos candelabros de estaño con dos velas de sebo que rodeaban unas arandelas de papel recortado.

Había además en el aposento un gran arcón, ennegrecido por el tiempo, cuatro sillas de pino iguales y otra más baja que sostenía el cesto de la calceta de la señora Antonia y estaba colocada junto á la ventana.

A los pies del lecho había una puertecita cubierta con una cortina de algodón blanco.

Allí estaba la cocina ó más bien un estrecho retrete que servía de tal, con su fogón de ladrillos, su vidriado resplandeciente de limpieza y su alacena.

El señor Martín colocó el cesto de su labor y su esposa alzó la cortina blanca, aumentándose instantáneamente el delicioso olor á tortilla que salió de la cocina.

—Tienes color de frío, pobrecita—dijo después á Malvina;—vaya, acércate al fuego; somos demasiado pobres para tener brasero, pero aquí en la hornilla podrás calentarte las manos.

—Gracias, señora Antonia—contestó la ni-

ña;—no puedo detenerme, porque ya he dicho á usted que las señoritas estarán á oscuras y no podrán trabajar.

—¡Qué buena es!—exclamó la señora Antonia mirando á su esposo.—¡Quién habla de decir, cuando vivían sus padres, que había de ser tan infeliz!

—¡Es verdad! ¡Han tenido ustedes la dicha de conocer á mis padres!—dijo Malvina á la anciana.

—Sí, hija mía; muchos años han vivido en el cuarto segundo de esta casita inmediata; eran dos jóvenes muy buenos y hacían una vida ejemplar; tu padre era pintor, tu madre bordaba primorosamente y ayudaba á su marido á ganar el pan; la pobre Mercedes era muy hermosa, y en esto no te pareces á ella.

Estas crueles palabras no hirieron el corazón de la infeliz jorobada, que estaba pendiente, por decirlo así, de los labios de la señora Antonia, como siempre que ésta hablaba de sus padres, que lo hacía con mucha frecuencia.

Malvina repuso con acento triste:

—Nunca me canso de oír á ustedes hablar de mis padres, señora Antonia; aun los recuerdo yo, pero así, como se recuerda un hermoso sueño; me parece que los veo todavía, á mi padre pintando países de abanico, á mi madre bordando á la luz de su lámpara, sentada junto á la

misma mesa en que mi padre trabajaba. También recuerdo la cuna en que me acostaban, tan blanca, con sus almohaditas de encaje y sus cortinas recogidas con lazos azules.

—Pues bien pequeñita los perdiste, hija mía—dijo la señora Antonia encendiendo su velón, pues ya no se veía nada en la buhardilla.

—A pesar de eso, señora Antonia, los recuerdo muy bien.

—Aun recordarás mejor los malos tratamientos que te daba la malvada de tu tía cuando fuiste á su poder.

—Me acuerdo menos de eso que de mis padres—respondió Malvina,—yo tengo la dicha de olvidar muy pronto el mal que me hacen; además no podré olvidar jamás que mi tía consintió en que viniese á vivir con mis buenas señoritas, que son tres ángeles.

—Sí, como dice mi mujer, son tres palomas sin hiel—observó el señor Martín, que había colocado la luz en una mesilla y se había puesto á trabajar.

—Lo cual no quita—añadió la señora Antonia—que esta pobrecita pase hambre y frío con ellas y no gane un cuarto; al menos su tía, la almacenista de bordados, es rica.

—¡Ay, Dios mío! ¿Tienen las señoritas dinero que darme? Mi tía, para cuya casa trabajan, les paga muy mezquinamente sus labores; en cuan-

to al hambre y al frío, ellas lo pasan también; además, señora Antonia, me daría vergüenza tomar dinero por lo poco que las sirvo; prefiero vestirme con lo que ellas dejan... mire usted esta esclavina que ha sido de la señorita Ofelia y que con tanto primor ha arreglado para mí.

—Si no te pareces á tu madre en el cuerpo te pareces á ella en el alma—dijo la buena anciana mirando conmovida á Malvina;—pero—añadió—es muy tarde, tú estarás haciendo falta; dame la cestita y te pondré cuatro huevos frescos que me han dado hoy las señoras religiosas, una tacita de miel blanca, que también me han regalado y estas dos velas de mis candeleros, pues no tengo otras.

—Pero, señora Antonia, ¿va usted á dejar sin miel al señor Martín, cuando tanto le gusta?

—Las señoras le guardan siempre y ya la comerá otro día.

—¿Y deja usted los candeleros sin velas?

—Mañana le pagarán á Martín los zapatos que está concluyendo y compraré otras; eso sí, que á mí me gusta tenerlo todo *aparente*; pero hoy nadie lo ha de ver ya.

—La señora Antonia colocó en la cesta de Malvina los huevos, la taza con la miel y las velas que sacó de sus candeleros de estaño, cuidando mucho de no echar á perder las arandelas de papel.

—Dios le pague á usted su caridad, señora Antonia—dijo la jorobada, ya en el umbral de la puerta.

—Vaya, hija, que él te acompañe—repuso la buena anciana;—pero espera á que te alumbre.

—No, que se va á quedar á oscuras el señor Martín—contestó la niña, dejando la puerta abierta;—veré á bajar la poca escalera que hay.

Malvina, después de decir esto y de dar las buenas noches á los ancianos, bajó ligeramente la escalera; pero aun oyó decir á la señora Antonia:

—Vamos á cenar, Martín; después acabaré yo la calceta y tú los zapatos, y mañana podré comprar un buen cuarto de gallina para esa pobre señorita Ofelia, que está tan delicada.

XI

Un nido de palomas.

Malvina llegó al piso situado debajo de la buhardilla del zapatero, que era otra buhardilla con menos escalera y algo más capaz y mejor acondicionada.

La puerta era muy estrecha, y su pintura, que parecía reciente y estaba brillante como la caoba bruñida, contrastaba tristemente con la

fealdad de la angosta escalera de yeso, que ni aun pasamanos tenía.

La casa no constaba de más pisos que el ocupado por las jóvenes y la buhardilla del zapatero: el terreno interior se había convertido en grandes almacenes que el dueño de la casa tenía llenos de madera y cerrados con llaves que guardaba en su poder.

A pesar de la fealdad del patio, de lo estrecho, húmedo y oscuro de la escalera y de lo ennegrecido de las puertas de los almacenes, la casa tenía en su interior un aspecto risueño, gracias al hermoso y nuevo vestido de cal con que se habían engalanado las paredes.

Malvina llamó suavemente y al instante se oyeron unos pasos ligeros y el roce de un vestido al arrastrar por el suelo.

—Soy yo, señorita—dijo la niña antes de que preguntasen.

La puerta se abrió y una esbelta figura apareció en el umbral.

—¡Cuánto has tardado, Malvina!—dijo con dulce voz la persona que había abierto.

—Señorita, hace un frío que...

—¡Y nosotras sin luz para trabajar! Nos has hecho mucho daño, Malvina, porque nos faltará tiempo, aunque velemos toda la noche, y ya sabes que mi pobre hermana no puede atarse aún.

—Voy á encender corriendo el velón, señorita María—dijo Malvina, entrando por una puertecita que había á la izquierda.

Un instante después salió con un veloncito de hojalata en la mano, que brillaba como si fuera de plata, y entró en una estancia cuya puerta estaba situada frente á la de la escalera.

Un pintor hubiera deseado tener ante los ojos el cuadro que se ofreció á la vista de Malvina para inspirarse en la belleza infinita.

La jorobada colocó la luz en un veladorcito que se veía en el centro y la estancia se iluminó aunque débilmente.

Ésta era reducida y estaba muy pobremente alhajada; pero todo ello respiraba el encanto del orden, de la limpieza y de yo no sé qué sencilla y apacible elegancia.

En el fondo dos grandes alcobas contenían la una dos lechos cubiertos de blanco y velados entre cortinas blancas también, y la otra un lecho igual y una mesa tocador, cubierta y adornada con cortinas de muselina.

En la salita había dos cómodas de madera pulimentada, y sobre una de ellas una graciosa librería de la misma madera, llenas ambas de libros bien encuadernados.

Cuatro columnas de muy buen gusto y de bastante altura servían de rinconeras, sosteniendo cada una de ellas una escultura que re-

presentaban los cuatro elementos; estas esculturas de bronce antiguo eran también de una rara belleza artística y parecían restos de una opulencia, á la cual habían ido unidos un gusto exquisito y un gran sentimiento de lo bello.

Dos balconcitos de madera iluminaban la estancia durante el día; sus puertas eran de vidrios verdosos y emplomados; pero en aquel momento toda su fealdad estaba cubierta con unas anchas cortinas de muselina festoneadas de azul, como las de las alcobas.

Un sofá y algunas sillas de madera tallada, con asientos de cerda oscura, llenaban los huecos del aposento, menos los que quedaban entre las dos alcobas y los dos balcones.

A los dos lados del sofá había dos grandes sillones de cuero oscuro, como la cerda de los demás asientos.

Cuatro cuadros grandes, pintados al óleo, ocupaban las paredes, representando uno á Santa Teresa de Jesús en actitud de escribir; otro á Rafael pintando; otro á Corina improvisando en el Capitolio, con su lira, y otro á Miguel Angel concluyendo una estatua de la Virgen.

Sobre el sofá había suspendidos los retratos de un hombre y de una mujer, jóvenes aún y de rara belleza.

El hueco que quedaba entre las dos alcobas estaba ocupado por un hermoso piano, y, final-

mente, entre los dos balcones se veía un *secrétaire* de maderas preciosas, lleno de embutidos y de una hechura antigua y elegante.

Nada más lindo, más poético y más triste á la vez que aquella piececita, baja de techo y cubierta de una estera de las más baratas, pero limpia y cuidadosamente conservada.

Mas lo que aumentaba su encanto era la belleza de sus habitadoras.

Eran tres: Ofelia, María de la Gloria y Blanca de Valdés; su padre, pintor de profesión, había muerto dejando á la mayor de quince años de edad, de catorce á la segunda y de trece á la más pequeña; siguióle muy pronto su esposa, no pudiendo sobrellevar la amargura de una pérdida tan cruel.

Las tres huérfanas quedaron sin apoyo sobre la tierra, y hubo gentes tan despiadadas que se presentaron á ellas quejándose de deudas que seguramente no había contraído su honrado padre, ó que si las había contraído había sido en mucha menor cantidad que la reclamada.

¿Qué podían hacer las desgraciadas criaturas? Llorar en silencio. Dijeron que no poseían más que los muebles de su casa y los cuadros de su padre, y los crueles acreedores se llevaron lo mejor que había, ó más bien casi todo lo que tenía algún valor, sin que las pobres niñas opusieran resistencia alguna.

Cuatro meses después el dueño de la casa en que vivían las despidió, haciéndoles saber al mismo tiempo que le debían aún cuatro mil reales de alquileres de cuando vivían sus padres.

Las infelices repitieron su respuesta:

—Sólo poseemos en el mundo los pocos muebles que nos han dejado en la casa; tome usted lo que guste para cobrarse.

El rico propietario se indignó, juró y maldijo su generosidad, acabando por llevarse todo lo que aun quedaba de algún valor.

Las tres hermanas resolvieron buscar un cuarto más barato y se mudaron á él con los pobres restos que la rapacidad de aquellos seres sin corazón les habían dejado.

En su nueva vivienda y en el cuarto segundo de la misma casa habitaba una viuda y su hija, que ganaban su subsistencia bordando y cosiendo, y buscaron labor á las pobres niñas, compadecidas de su abandono y de la miseria que les amenazaba de cerca, pues habían consumido la escasa suma que les había quedado á la muerte de sus padres.

Pero su trabajo no bastaba para su manutención y pagar la casa, y empezaron á deber al casero, que, á los dos meses, las despidió, como el anterior, quedándose también con cuantos muebles pudo.

Solamente se salvaron, por la previsión de la

viuda, el piano de las huérfanitas, los retratos de su madre y de su padre, el escritorio de éste, la sillería peor de la casa y las esculturas de bronce, última compra que había hecho su pobre madre llena de alegría, pues eran objetos que siempre había deseado mucho.

La caritativa viuda les buscó en seguida el modesto cuarto de la calle de San Bernardino, las enseñó á arreglarse á lo que tuvieran, por poco que fuese, y les hizo comprender la amarga verdad de que estaban reducidas á vivir con el trabajo de sus manos.

Además les llevó, para que las ayudase y les hiciese compañía, á la pobre Malvina, niña entonces de once años, y cuya tía, dueña del almacén de costuras y bordados para donde ella y su hija trabajaban, le daba muy mal trato.

Las amables jóvenes acogieron con el mayor cariño y alegría á aquella otra niña, más desgraciada aún que ellas, y la trataron desde aquel día como una hermana menor.

Pero Malvina, á cuyo delicado instinto no se escapaba nada de lo que debía hacer, conocía la diferencia que había entre ella y sus señoritas, como llamaba á las tres hermanas.

El zapatero Martín, que era quien calzaba á la viuda y á su hija, por ser muy barato, fué quien le habló de aquel cuartito desalquilado y quien le llevó á Malvina, diciéndole que su padre ha-

bia sido siempre un buen ayudante del eminente pintor Valdés, el cual le confiaba algunos trabajos de poca importancia, que luego le pagaba muy bien.

XII

Las tres gracias.

Cuando Malvina colocó sobre el velador el veloncito de hojalata que llevaba en la mano, la estancia se iluminó con una luz vaga, pero bastante para distinguir á las tres huérfanas, que la esperaban con una ansia mezclada de pena.

Nada podía dar mejor una idea exacta de esas tres bellísimas hermanas que la fábula nos ha hecho conocer con el nombre de las tres gracias como estas tres encantadoras jóvenes.

Ofelia, la mayor de ellas, apenas contaría diez y ocho años, y si hubiera existido ya en el mundo en los tiempos del gran Shakespeare, se hubiera podido creer que de ella había copiado el poeta la suave y poética amante del príncipe de Dinamarca.

Todos los que han leído el *Hamlet* han podido concebir á la dulce Ofelia, alta, blanca, casi aérea, con grandes y tristes ojos negros y elásti-

cos bucles de azabache jugueteando por su frente y hombros.

Tal era Ofelia de Valdés; en el instante en que la presento á mis lectores estaba sentada en uno de los dos sillones que ocupaban los lados del sofá y tenía el codo apoyado en uno de los brazos de su asiento y la mejilla en la palma de su mano, blanca y casi diáfana.

La actitud y el aire de su figura indicaban el sufrimiento y un abatimiento triste é hijo de la resignación.

Llevaba un traje de lana de color de café, cerrado hasta el cuello y vuelto sobre él un cuellecito blanco y liso que realizaba la gracia virginal de su garganta.

Bajaban las mangas de su traje hasta sus hermosas manos, abrochándose allí y haciendo el oscuro color de la tela resaltar su ebúrneo dibujo.

Era alta, flexible, y en su rostro, en su talle y en toda ella había tanta belleza como dulzura é idealidad.

Su tez, blanca y tersa como el nácar, era suave como el cristal cuajado: bajo su frente, inocente y pura como la de una niña, brillaban dos ojos negros, rasgados, guarnecidos de largas y convexas pestañas y llenos de mansedumbre y de ternura; cortaban esta frente dos cejas de suave dibujo, negras y sedosas como el cabello,

que, en gruesas trenzas, rodeaba su cabeza de virgen.

Su rostro, de un óvalo prolongado y gracioso, terminaba en una linda barba, cuya suavidad hacia un delicioso contraste con el dibujo majestuoso de su frente; conocíase que su boquita había sido de púrpura poco antes, pero ahora ostentaba sólo un dulce matiz de rosa.

El resto de sus facciones era un modelo de gracia juvenil y cándida, pero su talle frágil y sus manos delgadas hasta la transparencia acusaban, no menos que su palidez, el mal estado de su salud.

Gloria, la segunda, después de haber abierto la puerta á Malvina, permanecía de pie junto al piano esperando la luz; nosotros ya la conocemos un poco por la pintura que de ella hizo el marqués de la Oliva durante la comida que tuvo lugar en casa del conde.

Nada había exagerado al describir su belleza el marqués; su talla, menor que la de Ofelia, no pasaba de mediana; tenía el cabello de un rubio dorado y vaporoso y los ojos del más hermoso azul.

Las demás facciones se asemejaban á las de su hermana en la corrección de su dibujo, en la delicadeza de sus contornos y en la suavidad de su expresión.

Su nombre parecía embellecerla, porque nada

puede dar tan exacta idea de la hermosura de un ángel como aquella blonda joven, tan suave, tan rosada, tan graciosa y de una belleza tan muelle é inocente.

Su traje se diferenciaba poco del de Ofelia: llevaba otro vestido oscuro de lana, tan usado como el de aquélla, y tan largo, que se doblaba en gruesos pliegues sobre el pavimento; de este modo su graciosa figura adquiría un aire de majestad llena de gracia y que no perjudicaba en nada á la blandura de sus diez y siete años.

Gloria llevaba sobre su traje, y encubriendo los contornos de su talle, una esclavina negra, en todo idéntica á la que le hemos visto á Malvina, y vuelto sobre ella un cuellecito igual al de su hermana.

Apoyada junto al balcón y cantando una sonata, cuyo compás llevaba con los dedos sobre los vidrios, estaba Blanca, la más joven de las tres huérfanas.

Su estatura era igual á la de Gloria; pero entre su semblante y el de ésta había tanta diferencia como entre el de Gloria y el de Ofelia.

Blanca era mas trigueña que sus hermanas, pues así como la belleza de las dos primeras armonizaba con sus nombres, la de la menor parecía formada para desmentir el suyo.

Sus ojos garzos, de ese color tanto mas hermoso cuanto es mas indefinible, eran rasgados,

dulces y llenos de la alegría de la adolescencia, pues sólo contaba diez y seis años; coronábanlos unas tendidas cejas de color castaña, lo mismo que sus largas pestañas y que sus cabellos, espesos, sedosos y naturalmente rizados en copiosas y suaves ondas.

Su estrecha frente y su boca, pequeña y purpurina, no menos que el color castaño subido de su rica cabellera y el seductor matiz de sus grandes ojos, la hacían asemejarse á una bella escultura.

Ostentaban sus formas, más redondas y perfectas que las de sus hermanas, esa seductora robustez de la adolescencia cuando aun no han combatido al corazón sus primeras penas, ni la imaginación ha soñado, ni los ojos han pasado sin dormir una sola noche.

Su seno, elevado y turgente, hacía parecer más seductora la graciosa delgadez de su cintura; su garganta, redonda, era blanca, pero no diáfana como la de sus hermanas; llevaba el cabello, que se cortaba á la altura del hombro, partido sobre la frente, y bajaba después en gruesos y lustrosos rizos acariciando su cuello y sus mejillas.

En cuanto á sus diminutas manos y á sus piecillos, esas dos perfecciones cuya imposible adquisición desespera á las personas vulgares, eran seductores como los de sus hermanas.

Blanca llevaba un traje igual en hechura al de Ofelia y al de María, pero en mejor estado y de un color mas lindo, pues era de merino violeta.

No llevaba esclavina, sino un cuellecito blanco y liso, como los de sus hermanas, sobre el cerrado escote de su traje.

Nada más puro, más risueño, más fresco, más rico de gracia y de juventud que la figura de Blanca.

A pesar de no llevarle Ofelia más que dos años y uno solamente Gloria, ambas la mimaban con entrañable amor y la preferían en todo á sí propias, recordando el profundo cariño que sus padres le habían profesado, y creyendo que, como la menor, tenía derecho á toda su ternura.

La generosa índole de Ofelia y de María, el carácter dulce y apasionado de ambas se revelaban, mejor que en nada, en su inmenso amor á Blanca, quien, por su parte, les pagaba con usura sus cuidados y su afecto.

Las tres hermanas parecían haber sido formadas por Dios para patentizar hasta qué punto puede hacer hermosa á la mujer y cuántas fases puede dar á su belleza moral y física.

Ofelia, alta, majestuosa, espiritual y perfecta hasta lo sublime.

Gloria, rubia, angelical, blanda, suave y llena de poesía y mansedumbre.

Blanca, inocente, fresca, robusta, voluptuosa, risueña é infantil.

Y las tres bondadosas, sensibles, sumisas, generosas, bellas de corazón hasta el heroísmo, bellas de cuerpo hasta la idealidad.

XIII

La velada.

Malvina, después de dejar la luz, cerró las maderas del balcón de la derecha y luego se aproximó al de la izquierda, en el cual estaba apoyada Blanca, para cerrarle también.

—¿Se ha paseado usted á su gusto, verdad, señorita Malvina?—dijo Blanca haciendo una cortesía que puso su estatura al nivel de la exigua talla de la jorobadita.

—No, señorita—contestó dulcemente la niña;—no he paseado nada: ¡si supiera usted qué frío hace para pasear!

—¿Pues en dónde has estado?—preguntó á su vez María en tanto que colocaba el velador del centro de la sala cerca del sitio donde estaba sentada Ofelia.

—Me entretuvo Rosa, señorita—contestó la jorobada cerrando el balcón que ya había dejado libre Blanca.

Luego añadió:

—Rosa me encontró en la calle, iba á llevar un hermoso canastillo de ramilletes á casa del conde D....., que da un baile esta noche; las flores eran para el tocador de las señoras, y á fin de que éstas puedan cambiar las que se marchiten de su *bouquet* y su peinado.

Ofelia dejó á este tiempo su sillón y acercó al velador una silla bajita para ella y otras dos para sus hermanas.

—Dios mío, ¡qué aturdida soy!—exclamó Blanca corriendo hacia Ofelia y quitándole de la mano una de las sillas.

—¿Por qué?—preguntó Ofelia sonriéndose.

—¡Estás mala y te dejo traer las sillas!... ¡perdóname, hermanal!

Ofelia, por toda contestación, selló la frente de la niña con un beso y ocupó su silla levantando la mano á sus sienes con un ademán de sumo y concentrado sufrimiento.

—¡Qué pálida estás, Ofelia!—exclamó Gloria, poniendo cerca del velador una canastilla de labor llena de costuras y bordados.

Sonrióse de nuevo Ofelia; pero su sonrisa era violenta y se conocía que dictada sólo por el deseo de disipar las inquietudes de sus hermanas.

—Me siento bien—dijo con dulzura;—pero vosotras os habéis empeñado en alarmaros y alarmarme también: ea—añadió—tomemos la labor... pero ¿qué veo? Blanca, ve á ponerte tu esclavina.